

LOS ORIGENES DE LA UNIVERSIDAD: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICO-FILOSÓFICA

DIÁLOGO* CON JOSÉ MIGUEL DE TORO**

¿Cuál cree usted que fue la motivación para forjar la institución de la Universidad? ¿De dónde viene esta idea?

La universidad nació de la necesidad de una sociedad por enfrentar el desafío de la educación y del conocimiento a un nivel más allá que el experimental. En este sentido, la universidad nace con la motivación propia del ser humano por el saber. Pienso que habría que tener dos factores en cuenta. En primer lugar, la institución responde a las ansias naturales de los seres humanos por conocerse a sí mismos y conocer el mundo que los rodea. No podemos olvidar que la universidad surge hacia finales del siglo XII, en un tránsito confuso desde las escuelas catedralicias hacia una forma superior de enseñanza. Nació para desarrollar en profundidad las principales disciplinas que eran el objeto de estudio de aquella época, vale decir la teología, el derecho (tanto el canónico que estaba surgiendo como el romano que comenzaba a ser recuperado), la medicina y la filosofía en general. Se trataba, por tanto, de remontar el nivel de las escuelas, donde se enseñaba el trívium y el cuadrívium, lo que llamaríamos la primera y segunda instrucción: gramática, retórica, dialéctica, aritmética, astronomía, geometría y música. Ahora bien, el nivel superior incluía también una amplia gama de disciplinas que, si bien no eran consideradas como ciencias independientes, tampoco eran ajenas al quehacer de la universidad, como la historia, la cosmografía (lo que hoy sería la geografía), la alquimia (o química) y otras ciencias sociales y naturales (economía, zoología, botánica, etc.). Expresión de esto es el género enciclopédico. La aparición de la Universidad coincide con la época dorada de las enciclopedias: las *Summae*, *Specula*, *Imagines*, etc. Eso por una parte.

Y en segundo lugar, hay que considerar la estructura social y académica de la época. La Universidad nace con una intención clara de independencia. Una independencia tanto del poder político laico (el municipio) como de la autoridad eclesiástica (el obispo), que hasta ese momento controlaba la enseñanza en las escuelas que funcionaban al alero de la catedral. El surgimiento de esta nueva institución se sitúa en el momento histórico en que en Europa se da un auge del fenómeno asociativo y comienzan a aparecer con fuerza los cuerpos intermedios, que claman por un reconocimiento oficial de sus fines y por una gestión autónoma. Es la época en que surgen los parlamentos, las cortes y los estados generales. Y a un nivel más local y diverso, aparecen las municipalidades y los gremios, las corporaciones, las guildas. Por eso no

* Realizado el 04 de julio de 2012. Interlocutor: Nicolás López Pérez

** Doctor (c) en Historia Medieval, Universidad de Poitiers, Francia. Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Estudios de Lenguas Clásicas, Pontificia Universidad Católica de Chile. Académico media jornada, Universidad Católica de la Santísima Concepción.

es de extrañar que la universidad se haya definido a sí misma en primer lugar como una corporación independiente: *Universitas magistrorum et scholarium*, es decir, el conjunto de profesores y estudiantes. Si bien las primeras universidades siempre necesitaron de la venia del poder, sus pretensiones quedaron bien reflejadas en su estructura original, que era muy participativa: los problemas se trataban en conjunto y las autoridades, como solía pasar en los gremios, eran escogidas por los miembros de la corporación, es decir, estudiantes y profesores. Entonces, habría que concluir que la universidad surge con dos intenciones muy claras: desarrollar el saber y la enseñanza con un nivel de profundidad superior, y en un organismo libre de sometimientos ideológicos o clientelismos políticos.

A propósito de las divergencias históricas que se han suscitado con respecto al conocimiento y las maneras de adquirirlo, ¿en qué medida se circunscribe la Universidad a esos efectos?

Es interesante notar que muchos de los términos universitarios originales denotan una situación de conjunto. Primero en la naturaleza misma de la institución, inicialmente llamada *universitas*, pero también *consortium* o *communitas*. Y también en la estructura y en la dinámica universitaria. Pensemos, por ejemplo, en el *collegium*, que era la asociación de estudiantes; de hecho, la universidad medieval era una federación de *collegia*, independientes entre sí pero con un reglamento común (como se aprecia hoy en día en Oxford, por ejemplo). Además está el método mismo: la *lectio*, lectura y comentario de obras antiguas o recientes; la discusión o *disputatio*, en que se enfrentaban estudiantes y maestros o maestros entre sí; la elaboración de sumas, como herramientas de trabajo, y los *commentaria* a obras diversas. Siempre tratando de profundizar, de ahondar, de avanzar. En la época apareció precisamente el dicho “como enanos sobre hombros de gigantes”, porque veían más lejos que los antiguos. De manera que la universidad propuso un modelo de conocimiento basado en dos principios fundamentales: por una parte, profundizar en el saber, sin limitarse a repetir los logros de los antiguos o simplemente comunicar a otros lo que ya se había adquirido, sino que ahondar en esos conocimientos y continuar por la senda de los predecesores para llegar más lejos; y por otra parte, la idea de que ese saber se consigue por medio de una experiencia compartida, a través de la discusión, del trabajo en conjunto, de la pregunta y la respuesta. Y de esa misma manera se va comunicando a los demás, a aquellos que están en proceso de formación.

¿Por qué cree usted que se justifica la existencia de las Universidades? Dentro de esta misma interrogante, ¿cómo pueden admitir divisibilidad en el método que aplican al desplegar sus fines?

La existencia de las universidades se justifica por la necesidad social que tenemos de avanzar en el conocimiento y en la búsqueda de la verdad. Esto parece de Perogrullo: desde que existe la civilización ha sido así. Pero en el caso de nuestras universidades y de su justificación histórica, hay que agregar un componente: el carácter abierto y la función social que tienen. He aquí lo que caracteriza a las universidades como centros de generación de saberes. La búsqueda del saber y de la verdad siempre ha estado presente, sí, pero en la antigüedad esta labor estaba reservada a un grupo muy reducido y cerrado, que realizaba esta función en instituciones igual-

mente cerradas. Y lo que es más importante, el conocimiento no salía de esas instituciones, sino que quedaba para goce y disfrute de sus descubridores y de los poquísimos eruditos iniciados en la ciencia. Piénsese por ejemplo en las escuelas de escribas en el antiguo Egipto, o bien en el grupo de los astrólogos persas o el de los magos mesopotámicos. Nadie podría negar que dedicaron su vida a la investigación y que sus escuelas fueron verdaderos templos del saber. Sin embargo, su ciencia quedaba ahí, en el templo. La aparición de la universidad supuso la apertura de un centro de investigación y de conocimiento destinado a la formación hacia el exterior. Que no se me malinterprete: la universidad nace en un mundo también muy restringido: el de los letrados medievales frente a una gran masa analfabeta. Y aunque no se requería necesariamente una gran fortuna, sí había que tener un cierto nivel económico para poder estudiar en ella. Son dos puntos en los que aún tenemos que trabajar, luego de 800 años de funcionamiento. No obstante, pese a estas restricciones, la universidad siempre se entendió, a diferencia de lo que podía ser una escuela monástica, como una institución con proyección hacia afuera. La ciencia, el saber en ella obtenido no era para ser guardado por el grupo de iniciados, sino comunicado a discípulos, religiosos y laicos, y esparcido a través de los libros diseminados por otras universidades, o yendo a enriquecer las bibliotecas de los príncipes, de las municipalidades, de los monasterios. Aquí es donde yo veo la justificación de la universidad como la entendemos hoy: hace falta una institución que genere conocimiento con proyección hacia afuera, abierta, que supere la barrera de los iniciados y que aspire a provocar verdaderos cambios sociales, políticos, económicos y técnicos con el fruto de sus investigaciones.

Dado lo anterior, podemos responder más fácilmente la segunda parte de la pregunta. Porque la justificación de la universidad está en la necesidad misma del afán de conocer (por la vía especulativa o científica, habría que precisar), no me parece incompatible que, con los objetivos antes mencionados, haya universidades que utilicen diferentes métodos. No olvidemos que un método, entendido como una manera sistemática y ordenada de proceder, tiene su origen etimológico en el griego *ὁδός*, que significa «camino». Si el fin del camino está claro, me parece sano e incluso deseable que haya diferentes propuestas de cómo llegar a él de la mejor forma. Eso sí, siempre y cuando se respete la naturaleza y los objetivos de la institución.

¿Es posible hablar de una relación entre tradiciones de pensamiento y universidades?

Pienso que en un sentido amplio, sí. Habría que tener en cuenta, en primer lugar, que la universidad como centro de investigación y de enseñanza se ve en la historia en el marco de tradiciones culturales distintas. Algunos consideran al Pandidakterion (Pandidakth/rion) de Constantinopla, que comienza a funcionar hacia el siglo IV d.C., como la primera universidad de la historia. Su nombre en griego, de hecho, indica el ideal de la enseñanza global. Aunque inicialmente había otros centros culturales más importantes, como Alejandría o Antioquía, el Pandidakterion fue un gran centro de generación y transmisión de cultura greco-bizantina. Lo mismo sucede con la “Universidad” budista de Nalanda, un gran centro cultural ubicado en el

norte de la India y en plena actividad en el siglo VI d.C., que fue un gran foco de atracción de estudiantes de todo el extremo oriente, especialmente chinos, y constituyó un centro mayor del saber budista, no sólo en filosofía y religión, sino también en materia de ciencias y medicina.

Ahora bien, en lo que atañe a las occidentales, es un poco más complejo, me parece, hablar de tradiciones de pensamiento. Las universidades europeas surgen todas más o menos sobre la base de un mismo modelo e inmersas en una misma cultura cristiana. Ese modelo de universidad se implantó en América y así vemos hoy a nuestras universidades. Puede haberlas relacionadas con alguna religión, como las universidades católicas o las universidades adventistas, o bien puede haberlas que se autodefinen laicas, pero todas siguen más o menos los mismos esquemas; no las calificaría como formando tradiciones de pensamiento. Yo diría más bien que se dan tradiciones o escuelas en plural, al interior de una universidad, pero esto es lo propio y natural de la institución. Por la misma naturaleza del saber universitario, expansivo, hacia afuera, estas escuelas tienden rápidamente a comunicarse y a traspasar los límites de la propia universidad. De manera que nos encontramos con adherentes a tal o cual escuela, o que desarrollan una misma tradición de pensamiento en distintas universidades. Y he aquí una de las riquezas del sistema: el hecho de tener, en su interior, académicos que adhieren a distintas tradiciones, lo que fomenta la comunicación y el debate.

¿Qué relación podría usted establecer entre teología y Universidad? A partir de la existencia de la enseñanza de dicha disciplina al inicio de la enseñanza “superior” republicana.

Yo establecería una relación histórica. La universidad como la conocemos nace ligada fundamentalmente a dos disciplinas: la teología y el derecho. La primera es una de las ciencias maestras que más investigación demandaba antiguamente. Además, no olvidemos que en el siglo XIII no existían los seminarios de sacerdotes. Los monjes tenían sus abadías o conventos para la formación. No así el sacerdote secular, para quien la universidad se transformó en un espacio de formación religiosa privilegiado. Si tomamos los ejemplos mencionados en la respuesta anterior, vemos la misma cosa: los centros de educación superior nacen ligados a la enseñanza teológica, en el espacio budista y en el mundo ortodoxo bizantino (aunque en éste tuvo también un papel fundamental la enseñanza del derecho). Esto puede haber cambiado mucho ahora, aunque aún se conserva en algunas instituciones la enseñanza de la teología. Incluso en el mundo laico, la teología como ciencia de lo sobrenatural o de aquello en lo creen los creyentes, puede tener cabida. Piénsese en las célebres Conferencias Gifford, fundadas por Adam Gifford en su testamento. Al momento de morir en 1887, el magnate quiso dotar una cátedra específica en las principales universidades escocesas dedicada al estudio de la teología natural “en forma científica”. Y por esas conferencias han desfilado numerosos pensadores de gran talante como Raymond Aron, Étienne Gilson y Hannah Arendt, para tocar temas de ética, de la relación entre la religión y la ciencia, y otros.

Por todo esto, no me extraña que la Universidad de Chile haya conservado la Facultad de Teología, heredada de la antigua universidad de San Felipe; y desarrollado su enseñanza durante

casi un siglo hasta la supresión de ella luego de la separación de la Iglesia del Estado. En este momento, la Universidad Católica hubo de tomar el relevo en la enseñanza de la teología y fundar la Facultad correspondiente. Pero, como dije antes, la teología en este período debe ser vista como una disciplina a desarrollar a nivel científico. El concilio de Trento dispuso por primera vez la creación de seminarios para la formación de los sacerdotes, de manera que, sin perjuicio de que éstos puedan profundizar su preparación teológica en la universidad, esta institución continúa desarrollando la teología considerándola como una ciencia más. En este sentido, creo que la ciencia de lo divino adquiere plenos derechos para ocupar un espacio en el espectro del quehacer universitario, y puede enriquecer, desde su perspectiva específica, las otras disciplinas (filosofía, ética, economía, ciencias sociales).

¿A qué hace referencia la libertad de cátedra, el pluralismo y la irradiación de un modelo de Universidad basado en los valores?

Yo entiendo la libertad de cátedra como el derecho del docente a organizar el curso como lo estime conveniente de acuerdo a los métodos y fines propios de la materia que enseña. Esto implica, necesariamente, la capacidad de seguir los modelos, recursos metodológicos y teorías que el académico a conciencia considere pertinentes. Otra cosa me parecería una falta de honestidad intelectual y académica. Esto, evidentemente, siempre y cuando se respete las normas mínimas que aseguran la convivencia pacífica entre los integrantes de la institución. Pero no niego que sea un tema espinudo, puesto que las instituciones suelen imponer una visión académica que a menudo va más allá de lo puramente formal, administrativo. A veces se proscriben ciertas corrientes de pensamiento, o se imponen sistemas de evaluaciones particulares. Es realmente difícil distinguir en qué punto la enseñanza de una doctrina lesiona la convivencia pacífica o cuándo una prohibición no es más que una imposición arbitraria. El pluralismo, en el sentido de dar cabida a todas las corrientes de pensamiento que respeten a las personas y a las instituciones, y que se desarrollen o entreguen en forma razonable, es un gran bien para la universidad, puesto que abre horizontes (no sólo a los estudiantes sino muchas veces también a los académicos), enriquece el debate y genera instancias más o menos públicas de discusión. Soy de la idea de que no hay que tener miedo al pluralismo de ideas (para no usar la expresión pluralismo ideológico, que no me parece apto para el espacio universitario). Lo importante es adquirir la propia postura como fruto de un trabajo dedicado, a conciencia, con coherencia y solidez científica.

Me parece que este es el modelo de universidad que debería primar y éstos los valores en que se debería basar. Un lugar donde se enseña a trabajar con seriedad, con regularidad, con honestidad hacia la ciencia, hacia la comunidad y hacia uno mismo. Donde no impera la escuela o corriente de pensamiento por sobre las propias opiniones o por sobre los resultados de la investigación que con seriedad se van forjando; con respeto al trabajo del otro y a sus convicciones académicas. Estos me parecen los valores propios del trabajo universitario.

¿Qué desafíos cree usted que debería plantearse la Universidad –en términos generales– en el siglo XXI? ¿Cree en la posibilidad de una reinención?

Primero que nada, no estoy seguro de que haga falta reinventar la universidad. La que ya está inventada ha dado muestras de funcionar bastante bien. En este sentido, yo plantearía que se trata más bien de volver a las raíces, de actualizar una tradición universitaria que se ha ido perdiendo en el curso del siglo XX producto de la masificación de la institución. No es que esto sea negativo, pero sí lo ha sido que esa masificación, en la mayoría de los casos, ha generado circunstancias ajenas a la idea original de universidad como la búsqueda del lucro, el poco compromiso con la investigación, la rebaja del nivel académico y problemas por el estilo. Es decir, la masificación se ha hecho dejando de lado aspectos importantes de la tradición universitaria que debemos recuperar. Este sería el desafío: conjugar la apertura de la universidad en términos numéricos (en cantidad de estudiantes) para que efectivamente puedan estudiar en ella todos los que tengan las capacidades y se sientan llamados a desempeñar una profesión, con el retomar y mantener los elementos que definen, desde su origen, a esta institución. Me refiero a la autonomía universitaria, a la colaboración académica y a que los estudiantes sean agentes responsables de su educación, que colaboren en ella, no necesariamente desde la administración o el gobierno sino sobre todo en la formación de su currículum. Las universidades chilenas se han transformado en instituciones de paso. Los estudiantes ya no viven en los campus universitarios (aunque en algunos países todavía existe esta costumbre), suelen estar restringidos por unas mallas muy poco flexibles, hay muy poca comunicación entre estudiantes y académicos, prácticamente no hay actividades fuera de la actividad docente. El estudiante está acostumbrado a pasar, recibir y salir, porque el sistema lo lleva a eso. Además, habría que buscar más apertura universitaria. Las universidades se han transformado en entes cerrados y celosos de lo suyo (como podría ser un negocio o una mina de oro): qué difícil es acceder, por ejemplo, a las bibliotecas de otras universidades en Chile. Y qué decir de hacer cursos en otros establecimientos nacionales. El sistema actual no contempla esta opción. Es más fácil, administrativamente hablando, irse de intercambio a China que cursar una asignatura en la universidad vecina y obtener el reconocimiento en créditos en la propia. En estos puntos podemos conseguir más movilidad, tanto a nivel de estudiantes como de profesores, y el consiguiente dinamismo académico que a veces se echa de menos en nuestras instituciones de educación superior. En fin, creo que por esta vía se plantean interesantes desafíos para hacer de la universidad un ente central en el desarrollo de la educación y de la cultura en nuestro país.